

STANLEY G. PAYNE Y LA GRAN PATRAÑA

Luís Moa

RESUMEN:

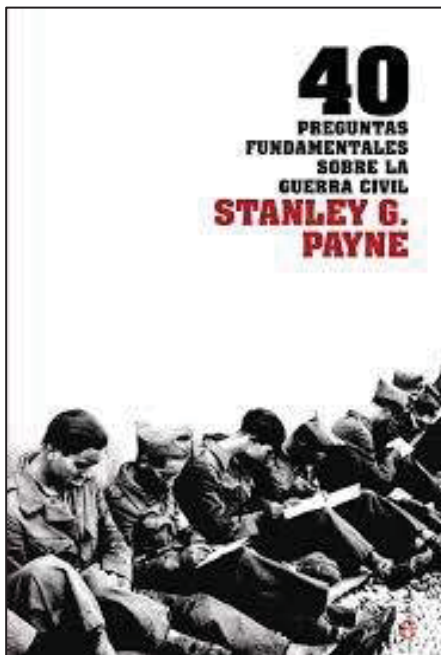
A través de los años se han instalado ideas en la sociedad que configuran una visión parcial de la historia. A través de estudios como los de Payne, esa mentira se ha ido descubriendo. En este artículo se muestran algunas de las obras de Payne que han tratado de desmontar algunos mitos de la Historia de España.

ABSTRACT:

Through the years, ideas have been installed in society that form a partial view of history. Through studies like those of Payne, these misunderstandings have been discovered. In this article, we show some of Payne's work that have tried to dismantle some myths about the history of Spain.

PALABRAS CLAVE: *Historia de España, izquierda, Frente Popular, debate*

KEYWORDS: *History of Spain, left party, Frente Popular, debate*



De los historiadores extranjeros que se ocupan de la historia de España, probablemente es Stanley Payne el más completo. Por lo común, los historiadores se centran en alguna época especial o incluso en algún aspecto particular de una época, pero el ámbito explorado por Payne es mucho más amplio. Aparte de estudios no centrados directamente a España, como el fascismo o el comunismo soviético o las revoluciones europeas de entreguerras, ha abordado temas diversos en torno a nuestra época reciente, como la guerra civil, el franquismo, el nacionalismo vasco, la Falange, etc., y otros de más amplios, como el catolicismo español o una historia general del país. Y en todos los casos cabe destacar un espíritu de independencia, rigor y honradez intelectual y atención a los hechos por encima de las retóricas, que debieran

darse por supuestos entre los historiadores, pero que por desgracia no son demasiado comunes.

Tan poco comunes, que a raíz de algunas de sus tomas de posición sobre la historia reciente, ha sido amenazado por algún historiador de izquierda, no recuerdo si Santos Juliá, con dejar a Payne “fuera del debate” historiográfico, por haber discrepado de las tesis hoy por hoy más corrientes, aunque no por ello necesariamente más serias. Como si Juliá o cualquier otro pudiera arrogarse autoridad para dejar fuera del debate a nadie. Debate por otra parte inexistente, a no ser que se llame así a las sociedades de bombos mutuos entre historiadores que aspiran a constituirse en gremio cerrado (Reig Tapia) y, si se me permite, un tanto cerril.

Payne, mucho más crítico y menos gremial, ha señalado los defectos de localismo y endogamia que tanto empobrecen a la universidad española y a una historiografía “anquilosada desde hace mucho tiempo en angostas monografías formulistas, vetustos estereotipos y una corrección política determinante”, con estudios “predecible y penosamente estrechos, que rara vez plantean preguntas nuevas”. En respuesta a estas críticas, el mencionado Juliá, intelectual oficioso del PSOE, escribía en *Revista de libros* un artículo “Últimas noticias de la guerra civil”, loando al gran número de estudiosos que, a su juicio, han abierto nuevas vías de investigación sobre dicha guerra y el franquismo. Por supuesto, todos ellos son excelentes y esclarecedores de los más variados temas particulares, con documentación de primera mano, etc. Casualmente, los citados siguen una línea política y enfoque general similares a los de Juliá, y sabemos de su excelencia solo porque Juliá la afirma. No parece un debate muy elevado, aunque permanece la pregunta: ¿tiene razón Payne, o la tiene Juliá?

Es frecuente en estas cuestiones el uso de un derivado del argumento de autoridad el “argumento

del número”. Así, Juliá, al mencionar muchos nombres, sugiere la corrección de las tesis más o menos defendidas por ellos. Pero el número, en cuestiones científicas o aproximadamente científicas, no decide nada. Hace años escribí un artículo, “Bibliotecas para nada”, sobre la ingente bibliografía generada por el marxismo y el número igualmente ingente de sus autores, y la inutilidad final de tanto trabajo. Voy ahora a suponer que un intelectual medianamente serio entiende, aunque solo sea a partir de la contundente experiencia histórica (“el criterio de la práctica”, diría Marx), que el marxismo es falso en su raíz y que el análisis histórico mediante la lucha de clases lo es igualmente. Lo que queda demostrado con ese ejemplo es que sobre un enfoque o base doctrinal errónea es posible construir un edificio gigantesco de historias, artículos y ensayos, también de literatura, cine, etc. ¿Qué queda de toda esa labor intelectual (y no solo intelectual)? Ciertamente, parte de las investigaciones concretas es siempre aprovechable, pero más bien como material de derribo y no en la línea inspiradora de tal esfuerzo. Señalemos de paso que, a pesar de sus atroces efectos históricos, el marxismo dista mucho de haber desaparecido en nuestras universidades.

Intentaré explicar por qué Payne acierta y Juliá yerra, por muchos nombres que este aporte a favor de su tesis y muchos elogios que les prodigue. El enfoque común a todos puede describirse así: la guerra civil, sean cuales sean sus detalles, consistió en una sublevación, finalmente triunfante, de las castas reaccionarios contra la democracia republicana. Tal es la línea explicativa subyacente a los trabajos de Juliá y de sus autores preferidos. Y en verdad ha sido la predominante en los últimos cuarenta años, dentro y fuera de España. Pues bien, para entender la radical falacia de tal enfoque solo es preciso repasar los componentes el bando vencido, agrupados de hecho o de derecho en el

Frente Popular: stalinistas, marxistas revolucionarios, anarquistas, separatistas racistas (tanto vascos como catalanes), o golpistas como Azaña. El golpismo de este último suele ser soslayado en las obras de izquierda, empezando por las de Juliá, pero es bien conocido: tan pronto perdió las elecciones, Azaña intentó al menos dos golpes de estado --uno de ellos documentado por mí a través de archivos del PSOE--, estuvo complicado en el asalto socialista-separatista a la república en octubre de 1934, y, por mucho que se quejase de su posición de presidente-florero, permaneció vinculado hasta el final a unos partidos totalitarios o separatistas.

Claro está, los sublevados tampoco eran demócratas. De lo cual solo cabe deducir, de entrada, que la democracia no desempeñó ningún papel en aquella contienda, por lo que explicarla como suelen hacerlo las “angostas y predecibles monografías” significa construir sobre la nada, ficciones particulares sobre una ficción fundamentadora. Eran otros los problemas que causaron el choque armado, y otras las causas defendidas por unos y otros, utilizasen propagandísticamente el argumento democrático o no. Una historia planteada sobre la falacia hoy más común solo puede redundar en una colección de absurdos, como ha ocurrido con el marxismo; ideología que, por lo demás, entra en la composición de la mayoría de ellos.

Basta, digo, repasar la lista de partidos derrotados para comprender que las versiones que los convierten en democráticos no son simples distorsiones: son más bien patrañas, y hasta podríamos definirlos como “la Gran Patraña”. Y basta ponerla de relieve, aunque solo lo hiciera una persona como Payne --quien en este caso no se encuentra solo--, para echar por tierra el “argumento del número”. Que una ficción tan estruendosa siga siendo la más difundida, de manos de decenas o

cientos de autores, ya indica mucho sobre la calidad intelectual de esa historiografía --con las excepciones de rigor, tampoco muchas por el momento--, y de los medios de difusión de masas y de las políticas enraizadas en tales concepciones.

La atribución democrática al Frente Popular se ha querido apoyar en las elecciones de febrero de 1936, pretendidamente ganadas por las izquierdas de modo correcto. Pero, por una parte, ganar unas elecciones no certifica el carácter democrático de los ganadores, como muestra el caso nacionalsocialista en Alemania. Y por otra parte aquellas elecciones, como acaba de explicar una vez más Payne en *El camino al 18 de julio*, fueron sumamente violentas, con muertos y heridos, conteo de votos bajo coacción de las masas izquierdistas y en un clima de amenaza y miedo. Lo reconocen en sus diarios tanto Azaña como Alcalá-Zamora, y desde luego no solo ellos. Calificar de normales y democráticos tales comicios expresa bien qué entienden por democracia quienes tal cosa sostienen. Por lo demás, les siguió un violento proceso revolucionario que acabó de demoler, desde el poder y desde la calle, la legalidad republicana y las garantías constitucionales. Como también ha señalado Payne, las razones de parte del ejército y de la sociedad para rebelarse contra tal opresión, resultan más justificadas que las esgrimidas en Usa e Inglaterra en sus guerras civiles o en la de independencia.

Al hablar de errores conviene distinguir entre los de detalle, inevitables en cualquier obra algo amplia, y los de enfoque o de base. Estos últimos, como el ya visto, generan a su vez una serie interminable de otros derivados. Por no extenderme, señalaré uno de los más pintorescos: la acusación a Inglaterra y Francia por dejar “abandonada” a la “democracia republicana”. O la pretensión grotesca de que Stalin defendió la libertad de España. O la

insistencia en el apoyo de Hitler y Mussolini a Franco, como si fuese equiparable a la de Stalin al Frente Popular: pero Franco permaneció independiente de sus aliados, mientras que el Frente Popular cayó bajo la tutela de Stalin, dueño de los envíos de armas y del Partido Comunista, que se hizo hegemónico durante la guerra. Además, no es el mismo el Hitler de 1936 que el genocida de 1942, mientras que Stalin acumulaba ya millones de cadáveres a sus espaldas. No acaba uno de asombrarse de las incoherencias y contradicciones defendidas a machamartillo por tantos historiadores de aquí y de fuera... por intereses no del todo académicos, presumiblemente

Como es lógico, habiendo ganado los “reaccionarios”, los “fascistas”, etc., estos solo podían haber construido un régimen de miseria, oscurantismo y opresión extremas. Nada cuenta el hecho de que aquel régimen hubiera derrotado a unos “demócratas” tan peculiares como los izquierdistas y separatistas, mantenido la unidad de España amenazada por el Frente Popular (posiblemente vean dicha unidad como un mal) y la cultura cristiana, base de la europea (que tampoco les interesa mucho); que hubiera traído los mayores ritmos de prosperidad y crecimiento económico, y dejado muy atrás los odios que destrozaron a la república, haciendo posible, aunque no fuera su intención, una democracia no convulsa.

Lo que interesa a los historiadores políticamente correctos, es la parte más lúgubre, la represión, en especial la de posguerra. Sobre ella, y mediante una masiva propaganda en España y el extranjero han construido otro gran mito. Este tiene cuatro facetas: a) La culpa de los entonces fusilados habría consistido en ser inocentes demócratas, una distorsión que no precisa comentario. b) Aunque sin duda cayeron algunos inocentes, cosa inevitable dadas las circunstancias, se los equipara con los torturadores y asesinos de las chekas

considerándolos a todos “víctimas”. Ello habla de la calidad no ya intelectual, sino moral de los mitificadores. c) Aunque se admita un terror por parte de las izquierdas, se lo justifica como “espontáneo” y de respuesta al de los nacionales. Lo cierto es que fue planificado por partidos y gobiernos, y emprendido por las izquierdas desde los mismos albores de la república con la gran “quema de conventos” (y de bibliotecas y centros de enseñanza); y proseguido con muchos cientos de asesinatos a lo largo de aquellos años, ya antes del 18 de julio del 1936. d) Se exagera sin tasa el número de los ejecutados, probablemente en torno a once o doce mil, multiplicándolos por diez y por veinte, treta por lo demás corriente en este tipo de “estudios” :lo mismo ha pasado, por ejemplo, con los muertos de Guernica, hasta que Jesús Salas Larrazábal puso las cosas en su sitio en una investigación ejemplar por lo minucioso, y silenciada, por los adeptos a la Gran Patraña.

El campeón de tales dislates es Paul Preston, que en una obra muy publicitada habla de un imaginario “holocausto español”, trivializando de paso el judío. Payne criticó así el libro: *Se encuentra lastrado por una vieja perspectiva de la izquierda según la cual las atrocidades cometidas por los republicanos fueron al menos parcialmente disculpables al haber sido perpetradas por “incontrolados”, sobre todo anarquistas, y no ser parte de una política central; mientras que los crímenes de los franquistas se consideran resultado de una planificación centralizada. [...]Preston no ofrece prueba alguna de un plan de “aniquilación”, “exterminio”, “genocidio” u “holocausto”, por emplear sus términos favoritos. Está claro que los franquistas causaron más víctimas que sus oponentes. En tales conflictos, los ganadores siempre matan más (...) El sr. Preston declara que uno de sus objetivos primordiales era situar las represiones en una más amplia perspectiva, pero aquí su fracaso es absoluto. No hay el más mínimo intento por comparar las atrocidades cometidas en España con las de otras guerras civiles de principios del*

siglo XX en Europa. La crítica es correcta, si bien la idea de que los nacionales mataron más solo es aceptable sumando el terror en la guerra y la represión judicial de posguerra. La cual, contra las versiones corrientes, fue inferior a la aplicada a los vencidos, en la mayoría de los casos sin juicio, al terminar la guerra mundial: y no solo en la URSS y países satélites, sino en democracias como Francia o Italia. Cabe destacar además que el grado de sadismo empleado por las izquierdas no fue igualado por las derechas, y que las izquierdas aplicaron un terror entre ellas mismas, no solo contra los "fascistas".

Preston respondió a la crítica del modo más revelador: "Que Payne explique su trayectoria desde la izquierda a la extrema derecha". Es decir, lo importante no es la veracidad historiográfica, sino la adscripción ideológica. Por lo demás, el calificativo gratuito de "extrema derecha" no es nada inocente, equivale al de "fascista", usado masivamente por los comunistas, y persigue el mismo fin: la descalificación personal, el silenciamiento y a ser posible la muerte civil del discrepante. Con tales amenazas implícitas se trata de imponer la tiranía de lo "políticamente correcto", lo que el filósofo Julián Marías denunció como "mentira profesionalizada". Y, por cierto, muy subvencionada desde el poder, un hecho de corrupción más grave que la económica.

La historia de cómo se ha llegado a la imposición de la Gran Patraña y al arrinconamiento de la crítica es bien conocida. Ya en tiempos de Franco, y bajo la dirección e inspiración de Tuñón de Lara, historiador marxista-leninista --es decir, stalinista--, una escuela de historiadores difundió ampliamente sus enfoques en la universidad. Luego el PSOE recurrió al método de reducir la edad de jubilación del profesorado para ocupar sus puestos con adeptos a tal escuela, al punto de que, mientras avanzaba la transición, discrepar se volvió peligroso para la carrera de numerosos profesores, tachados de "extrema derecha" o

"franquistas". Muchos, dentro y fuera de la universidad percibían bien el fraude, pero apenas osaban alzar la voz, y menos a hacerlo con la energía que requiere el caso. Pocos hechos han contribuido más a empobrecer el ambiente intelectual. Por ello, una vez más, Stanley Payne constituye un ejemplo señero. Se argüirá que en el mundo anglosajón no se dan estas presiones, pero la realidad es que la "corrección política" reina allí con tanta o más fuerza que en España, siendo la guerra de España y el franquismo uno de sus temas de pensamiento único. Más aún en Inglaterra, donde la escuela de Preston reina en el mundillo académico, con sus típicos procedimientos.

Una raíz profunda de estas deformaciones se encuentra en el llamado método marxista, con sus análisis "de clase" y similares, que sigue influyendo en gran número de intelectuales, también en bastantes clasificables ideológicamente en la derecha. A los historiadores de ese tipo los he llamado "lisenkianos", en alusión a Lisenko, el ingeniero ruso que quiso aplicar el marxismo a la agricultura, causando enormes perjuicios al agro soviético. La influencia del marxismo, con diversos matices, causa daños no menores a la historiografía, según vamos viendo.

No obstante, a partir de obras de Payne, de algunos otros y las mías, en particular *Los orígenes de la Guerra Civil* y *Los mitos de la guerra civil*, el panorama empezó a clarificarse y la hegemonía lisenkiana remitió un tanto. Para afrontar estos retrocesos, la izquierda dio un paso adelante en dirección totalitaria con la ley de memoria histórica, semisoviética, en adecuado calificativo de Payne, la cual, aunque de momento no puede aplicarse a fondo, ejerce ya una clara presión intimidatoria sobre quienes no se pliegan a sus interpretaciones. Y genera ambiente: son habituales en las redes sociales y en otros medios expresiones conminatorias del tipo "¿cómo se permiten todavía decir eso?", hasta con amenazas de cárcel --que he sufrido-- en

referencia a las versiones discordantes de las que se pretende oficializar. Síntomas inequívocos de una profunda degeneración y corrupción no solo del clima intelectual, sino de la democracia misma. En ese sentido la obra de Payne resulta muy adecuada y digna de amplia difusión.

Voy a tratar otro libro, *España, una historia única*, o, mejor, algunos aspectos de ella, pues el tema se haría inagotable. Por supuesto, cada país tiene su propia historia, que en ese sentido es única, y no es la misma la de Alemania que la de Inglaterra, la de Francia que la de Italia, no digamos ya las de Polonia, Rusia, Suecia, etc. Todas ellas, como la de la propia España, entran en un tronco común europeo, caracterizada *grosso modo*, en el plano cultural, por el cristianismo --mezcla de Jerusalén, Atenas y Roma--, al que se han superpuesto, a menudo en contra, pero sin eliminarlo, la Ilustración del siglo XVIII y las grandes ideologías del XIX y XX. Estas corrientes y movimientos han adoptado tonos y ritmos distintos, a menudo profundamente distintos, en cada país, ya que un rasgo esencial de Europa, en contraste con China, por ejemplo, consiste en una diversidad nacional definitoria. Debe consignarse, además, que algunas naciones europeas, muy destacadamente España e Inglaterra, han creado un ámbito cultural propio en otros continentes.

Durante siglos, España ha sido objeto de atención en otras partes de Europa, y ello se explica fundamentalmente por haber sido una gran potencia imperial en los siglos XVI y XVII. En ese tiempo, y al margen de su expansión interoceánica, España se vio obligada, por su trayectoria anterior, a contender con los expansionismos turco, francés, protestante e inglés: no logró vencerlos, aunque sí contenerlos en unos límites que básicamente se han mantenido hasta hoy. Es natural que las potencias contrarias a España desplegasen, como un arma más, una

densa propaganda antihispana, creando los mitos y estereotipos de la Leyenda Negra: un país destructivo, cruel, enemigo de la libertad, etc. En realidad, las acusaciones de la Leyenda Negra podían aplicarse perfectamente a los acusadores, incluso intensificadas, pero una peculiaridad es que las mismas fueron originadas en la propia España, a partir de las chocantes exageraciones y embustes de fray Bartolomé de las Casas: las potencias rivales solo tuvieron que reproducir y desarrollar con alguna inventiva los “informes” del fraile. Si tiene lógica que protestantes, ingleses y franceses aplicasen entonces los tintes más sombríos contra España, ya sorprende algo que los mismos continuaran en los siglos siguientes, particularmente el XIX, cuando la peligrosidad española para ellos había descendido a la nada. Prueba de la resistencia de los mitos.

Esos estereotipos duran con plena fuerza hasta hoy y, nueva peculiaridad hispana, han sido interiorizados en el país, generando una verdadera crisis de identidad nacional con obvios efectos políticos. De hecho, la Gran Patraña guarda estrecha relación con las clásicas desvirtuaciones históricas, y un dato común a los miembros del Frente Popular era precisamente su aceptación y difusión de la Leyenda Negra. Como observa Payne, “Casi todas las declaraciones más absurdas y exageradas de los últimos tiempos sobre la cultura y la historia de España las han hecho los propios españoles”. La moda cobró empuje con el llamado regeneracionismo después del “Desastre” de 1898, al que contribuyeron con verdaderos dislates Costa, Azaña, Ortega y muchos intelectuales más. Ortega resumió la tesis afirmando que España había tenido una historia “anormal”, “enferma”, “tibetanizada”, etc.; que el propio país constituía un “problema” cuya solución sería “Europa”. Una Europa sobre la que no hicieron el menor estudio de alguna seriedad, ni siquiera un

libro de viajes, a la que imaginaban homogénea y de la que tenían ideas tan vagas que fueron totalmente incapaces de prever su devastadora caída en la I Guerra Mundial. Algunos incluso quisieron “solucionar” a España, arrastrándola a la debacle europea.

Frente a ello, “recientemente los antiguos mitos serían sustituidos por una generalización aún más engañosa, la de que España es un país europeo con una trayectoria histórica exactamente igual a la de los demás”, escribe Payne citando a J. N. Hillgarth. Obviamente no puede ser “igual a los demás” porque los demás son también hartamente diferentes entre sí. Y en realidad, los dos tipos de mitos de mezclan, sin originar una versión mínimamente equilibrada.

En suma, España ha sido y sigue siendo un país europeo, con particularidades profundas no respecto de “Europa”, sino de otros países europeos, incluso de los más vecinos. Diferencias muy propiamente europeas, por lo demás. ¿Cuáles son esas peculiaridades? Una de las más importantes, la principal en opinión de Payne, es la Reconquista. Dentro de la cultura de la desvirtuación hoy imperante, oímos a políticos e historiadores hablar de “nuestro pasado musulmán”, incluso para “enorgullecernos de él”. España, desde luego, no tiene un pasado musulmán sino, en todo caso, de lucha por su supervivencia contra el islam, y no solo en los ocho siglos de la Reconquista, sino un siglo más contra otomanos y berberiscos. Una lucha entre España, nación formada culturalmente por Roma y políticamente por los visigodos a partir de Leovigildo, y Al Ándalus, una cultura ajena a Roma y a Europa. De haber ganado Al Ándalus o alguno de los imperios magrebíes, no hablaríamos hoy de España, y la península se inscribiría cultural, idiomática y políticamente en el ámbito árabe-musulmán, como una continuación del Magreb, sin ninguno de los rasgos que hoy nos identifican, incluidas la vestimenta o la cocina. Esta

consideración tan obvia viene siendo tan negada en amplios ámbitos académicos, al modo como se afirma la democracia del Frente Popular. Realmente el país padece hoy una enfermedad moral e intelectual, de no fácil cura.

Payne explica certeramente el elemento diferencial intraeuropeo que significa la Reconquista: *Un proceso en ciertos aspectos único en la historia europea y mundial. No ha habido ningún otro caso en el que, después de que un reino fuera conquistado por el islam o por cualquier otra civilización extranjera, para ser posteriormente transformado y aculturado en esa civilización foránea, dicho reino fuera, solo siglos después, totalmente recuperado por los vestigios del reino conquistado, que no se conformó con imponerse a los invasores, sino que reaculturó todo el territorio, sometiendo a sus habitantes y finalmente extirpando la civilización atacante.*

Conviene señalar, además, que España absorbió el impresionante dinamismo expansivo del islam, protegiendo de él al resto de Europa occidental. El hecho merece la mayor atención, porque en el Oriente próximo los esfuerzos de otros países europeos por reconquistar Tierra Santa fracasaron, y el Imperio cristiano de Constantinopla terminó cayendo bajo el poderío otomano. El cual reavivó el impulso islámico en una formidable tenaza hacia el centro de Europa y por el Mediterráneo, uno de cuyos objetivos consistía en restablecer a Al Ándalus. La lucha hispana conteniendo y luego derrotando a los turcos en el mar, y contribuyendo a frenarlos ante Viena, mientras Francia, Inglaterra y los protestantes favorecían a la *Sublime Puerta*, constituye otra hazaña histórica hispana muy merecedora de ser resaltada. A la Reconquista le sucedió, pues, la lucha por contener al islam fuera de España.

Al paso de sus éxitos políticos y militares, España construyó una cultura original y de gran envergadura durante el largo Siglo de Oro. Una de las bases del poder hispano fue su red de universidades, con una proporción de

universitarios de las más altas de Europa, si no la más alta. Después vino la decadencia, desde mediados del siglo XVII, un tema clásico dentro y fuera del país, como la decadencia de Roma, aunque en el caso español no terminase en derrumbe. La decadencia ha sido por así decir enmascarada como agotamiento por los ingentes esfuerzos realizados en el período de auge. Esto suena poco convincente, aunque algo de ello pudiera haber. Como describe Payne, hubo *un declive demográfico absoluto y profundo, una considerable reducción de la producción económica, una falta de nuevas iniciativas, un declive radical de la actividad cultural, hasta hacia poco bien floreciente, y un retroceso en materia de religión (...) Los españoles habían dejado de innovar, tanto en el ámbito administrativo como en el militar y marítimo, e incluso en el pensamiento religioso se estaba convirtiendo en algo meramente defensivo.*

La descripción es bastante adecuada, y podría resumirse en una esclerosis social y cultural causada en parte por los propios éxitos anteriores -- hecho muy frecuente en la historia: los éxitos crean situaciones nuevas para las que ya no valen las recetas anteriores--, acompañada de repulsa hacia las innovaciones, en gran medida por proceder de países rivales, en especial Francia e Inglaterra. Durante el siglo XVIII, la decadencia fue frenada, el Imperio americano continuó expandiéndose, España registró éxitos navales importantes frente a Inglaterra, etc. Sin embargo la creatividad cultural se mantuvo a un nivel bastante inferior al del siglo anterior, e inferior también al de los países señeros de la Ilustración, Inglaterra, Alemania y Francia. Hubo en la sociedad española un empeño ilustrado imitando sobre todo a Francia, lo cual ha dado pie a un problema: ¿se debe la mediocridad en que cae el país a insuficiencia de dicho empeño, o, por el contrario, al abandono de la tradición hispana y adaptación servil a las nuevas corrientes procedentes de Francia? Este dilema se ha concretado en tendencias

tradicionalistas y casticistas por un lado, y “afrancesadas”, “europeístas” o “modernizadoras” por otro.

En el siglo XIX, el tradicionalismo fue derrotado por el liberalismo, que encarnaba los ideales modernizadores. Esa victoria debería haber fomentado en España un desarrollo económico y social semejante al de Francia o Inglaterra, y sin embargo ha sido aquel el siglo de más profundo declive e inestabilidad de España. Ello podría justificar los alegatos tradicionalistas contra el liberalismo, el afrancesamiento o las “modernidades”, pero el hecho es que ya en tiempos anteriores, más “tradicionalistas”, la cultura española descendió gravemente en originalidad, creatividad e interés. El franquismo puede entenderse como un intento de volver a la tradición después de los fracasos modernizadores, mas, paradójicamente, no ha habido régimen más modernizador desde el siglo XVIII, si entendemos por modernidad la prosperidad económica, la eliminación del analfabetismo, la revolución industrial y cierto grado de libertad política (se trató de una dictadura autoritaria, no totalitaria, con bastante libertad, que careció de oposición democrática o liberal significativa, y sí la tuvo en cambio de partidos totalitarios, comunistas y terroristas).

El problema dista mucho de estar resuelto, pero sigue planteado: ¿puede España adaptarse a la modernidad sin romper con sus raíces? ¿Puede desarrollar de modo original y nuevo los valores que la llevaron a la cúspide siglos atrás? El concepto de modernidad, presentado a menudo como panacea o culminación de la historia, es equívoco. Parte de la modernidad han sido las grandes ideologías que en el siglo XIX y sobre todo en el XX, han dado lugar a atrocidades que parecían inconcebibles. Y hoy en la Unión Europea apreciamos un programa decidido para cortar las raíces culturales, especialmente las cristianas, instalando en su lugar una ideología

difusa llamada “corrección política”, que muchos temen (tememos) que termine con todo lo que histórica y culturalmente ha significado Europa, y dentro de ella España, en un avance hacia la esterilidad y el vacío.

Denunciaba Payne la incapacidad de la actual historiografía española —con las excepciones de rigor, naturalmente— para plantear preguntas nuevas. Y nada puede estar más a la vista. Una vez aceptada la Gran Patraña, todo lo demás viene rodado y todas las cuestiones resueltas de antemano. Si algo molesta en este ambiente son contribuciones como la de Payne, precisamente porque plantean problemas y preguntas nuevas.